

Párrafos a comentar:

La mutación que ha representado, en el plano teórico, la referencia al concepto de “encuadre” – asociado a los nombres de Bleger, Winnicott, Donnet y Baranger, entre otros – debiera poder aparecer hoy en día con mayor claridad, y quisiera referirme particularmente a ello.

El encuadre ofrece (...) un espacio cuyas características relativamente constantes permiten observar los efectos del encuentro y del no-encuentro. (p. 18) (...) es la manifestación de la “locura privada” del analizante e ilumina la capacidad del analizante para poner en escena su dramaturgia personal. (p.19)

Hay situaciones en las que el encuadre no puede implementarse y en las que se deben encontrar otras soluciones. Es el caso, por ejemplo, de las psicoterapias psicoanalíticas, en las que el encuadre no asegura al analista la cobertura necesaria para el análisis.

La ausencia de la simbolización busca forzar la emergencia de actos (verbales) repetidos del lado del analista, a veces aceptados, a veces rechazados por el paciente de un modo impulsivo y violento. (p.20)

En mi opinión, el único modo para el futuro analista de interiorizar el encuadre es someterse él mismo a un análisis profundo, de manera tal de poder apreciar los efectos del encuadre y del proceso sobre sí mismo, y eventualmente, si aparece la necesidad, renovar la experiencia más adelante, para ir más lejos o atravesar ciertos bloqueos.

Nunca será excesiva la insistencia sobre la importancia del encuadre: es la escena que permite imaginar el juego, la relación intersubjetiva, las fuerzas y la producción de registros representativos que pertenecen al cuerpo, al lenguaje, al Otro, al trabajo del pensamiento y de la abstracción. Si el análisis quiere superar la crisis en la que está comprometido, no podrá hacerlo más que pasando, con toda la investidura que ello exige, por el análisis personal elevado hasta donde sea posible por fuera de la vida institucional, para que no deje de ser una aventura privada. (p. 23)